

ferida de vida política de la derecha—, han ocupado su lugar, no es posible; sólo fue capaz de superar la fórmula el secretario general José Luis Arrese, cuando exclamó: “Creemos en Dios, en España y en Franco”.

Terminar diciendo que la obra del profesor Payne es una lectura indispensable para cuantos se preocupan por la historia del fascismo o por la historia contemporánea de España carece de sentido, pues es seguro que ya lo han hecho. De lo que también estamos seguros es que de los libros que se han publicado en últimas fechas sobre la guerra civil y sus orígenes (Temime y Broué, Hugh Thomas, H. de la Souchère, Dante Puzzo, etc.), es, por gran diferencia, el más importante. Hay que remontar hasta *The Spanish Labyrinth* de Gerald Brenan para encontrar una obra que pueda igualarse a la de Payne.

RAFAEL SEGOVIA,
El Colegio de México

René DUMONT, *L'Afrique Noire est mal partie*. París, Editions du Seuil, 1962. 287 pp.

Desde 1935, René Dumont se ha preocupado por divulgar sus investigaciones agrono-económicas, y desde entonces se ha convertido, con doce libros y numerosos artículos, informes y conferencias, en un celoso defensor de lo que él mismo llama “campesinos subdesarrollados: verdaderos proletarios de los tiempos modernos”.

Sus estudios, y singularmente su valor moral, le han valido una posición importante en la política de los nuevos países africanos. Los Planes de Desarrollo Económico de Madagascar, Guinea, Costa de Marfil, Malí, Congo, Tchad, Dahomey, Senegal, Camerún y Ruanda-Urundi le deben parte de su experiencia y los gobiernos de Cuba y Argelia le han consultado en relación con la reforma agraria de sus respectivos países. No hace mucho, en 1960, fue escuchado en la Universidad de Chile, estigmatizando el cononialismo interior y el latifundismo sudamericano, como antes lo había hecho en el Brasil y en Colombia.

Campeón, pues, y aliado de toda revolución agraria, René Dumont es conocido también, y discutido, por diversas expresiones suyas que fácilmente se popularizan en el nuevo

lenguaje sociopolítico, tales como “enfermedades infantiles de la independencia”, “economía de tratantes”, sudamericanización”, etcétera.

Con su último libro, *El Africa negra empezó mal*, el agrónomo francés ha levantado una extensa polémica y se ha hecho presente en todo juicio valorativo, acerca de los primeros esfuerzos del África independiente. La influencia del libro, sin embargo, va más lejos: no pocos gobiernos africanos empiezan a modificar su conducta y siguen, ostensiblemente, algunos de sus consejos. Otros, por desgracia, insisten en sus propios vicios, pero ahora más expuestos a la conciencia social y a la crítica.

Frente al terror policiaco, por ejemplo, que ha instituido el presidente Senghor en la Universidad de Dakar, no es difícil escuchar la misma afirmación que Dumont ha escogido para titular el libro que comentamos.

Con todo, no se trata aquí de una simple comprobación o de una crítica acerba: Dumont es un sabio que no se conforma con hacer obra de erudición, es también un luchador que no tiene miedo de confesar su idealismo: “utopía —dice— podrá definirse de ahora en adelante, como previsión a largo plazo.” Y éste es el objeto de su libro: convocar todas las voluntades (locales, europeas y mundiales) para vencer, en veinte años, el subdesarrollo tradicional y angustioso del África negra.

“Falta de industria —explica—, de recursos de energía extrahumana y de otros medios de producción agrícola, falta pues de altos rendimientos, de poder de compra para los productos de una eventual industria... el hombre negro se encuentra encerrado en el círculo infernal de una agricultura subproductiva, realizada por hombres subalimentados sobre una tierra no fertilizada. ¿Por qué habríamos de conformarnos con este equilibrio de la miseria?”

Para romperlo, Dumont estima que es necesario, primero, mirar de frente a los obstáculos que hasta ahora se han eludido: los dirigentes africanos que han logrado la “independencia”, no han ganado aún la “descolonización”.

Conquistada aquélla sin esfuerzos propios y sin luchas serias (todo vino como una consecuencia de la guerra de Argelia), los países negros aparecen ahora con una casta privilegiada de ministros, diputados y funcionarios, que Dumont califica justamente de versión moderna de la corte de Luis xvi. Éstos son principales sostenedores del neocolonialismo bajo dos peligrosos aspectos: como parásitos que nada producen y como eficaces instrumentos de la “economía de tratan-

tes" que prolonga e intensifica, aún más, los vicios de la colonia y de la esclavitud.

Los ejemplos y los nombres se suceden a lo largo de todo el libro, formando una lista que parece interminable. En nuestra opinión, éste es uno de los méritos esenciales de la obra: no se detiene, como tantas otras, en proposiciones abstractas, y coloca a cada país y a cada funcionario frente a sus responsabilidades.

Veamos algunos casos que explican tanto el revuelo provocado por el libro, como la situación que prevalece en el África negra.

El 60 % de los ingresos nacionales en Dahomey se gastan exclusivamente en la administración pública, denunciada como la principal "industria" de los países subdesarrollados.

La República de Gabón, con 450,000 habitantes, se da el lujo de pagar un diputado por cada 6,000 habitantes, mientras que Francia, infinitamente más rica y poblada, no tiene más que uno por cada 100,000. Tómese en cuenta, además, que un diputado en África negra gana de 120 a 165,000 Fr. C. F. A.* y que en dos meses su trabajo, notoriamente inútil, "vale" tanto como lo que un campesino produce durante treinta y seis años.

Cuando en 1959 el presidente Boigny explicaba a los capitalistas canadienses la ventaja de invertir en la Costa de Marfil, anunciaba ya la política que actualmente se adopta en todos los códigos de inversiones del llamado grupo de Brazzaville: exoneración fiscal y libertad absoluta para exportar los beneficios. En cambio, Houphouet Boigny se ha construido ya su pequeño Versalles, con un costo de más de cuatro mil millones, y para ello fueron importadas centenares de toneladas de malaquita que vinieron de Rusia... por avión.

En Tubá, Senegal, el gran califa monopoliza los beneficios de unas 10 a 15,000 hectáreas de campos cultivados, que trabajan de manera gratuita cientos de "talibés", fanáticos religiosos que no se diferencian en nada de los antiguos esclavos. Una parte importante de estos beneficios es invertido en el comercio urbano, lo que va en detrimento del progreso agrícola o industrial del país, y lo que es aún peor, El Hadj Falilú M'Backé prohíbe que haya en Tubá un dispensario y una escuela primaria. El gobierno senegalés declaró, en 1961, que ha hecho suyos los principios del "muridismo" para el desarrollo armonioso del país. Identificar así la secta religiosa que fanatiza al Senegal con el "socialismo a la africana" que

* 500 Fr. C. F. A. = 1 dólar.

predica el presidente Senghor, explica la construcción de la gran mezquita de Tubá, cuya armazón de cemento ha costado más de dos mil millones de francos CFA.

Corrupción, fanatismo, explotación. Prioridad concedida al confort y a lo "social" sobre los gastos de producción. Dominio del capital comercial sobre el industrial. Exportación de grandes capitales. A todas estas consideraciones, Dumont añade el peligro creciente del alcoholismo (regalo europeo); el parasitismo familiar y la poligamia de prestigio, con sus pésimas consecuencias económicas; un grave desprecio por la mujer y el trabajo manual; una educación abstracta, académica, totalmente alejada de la realidad y que, siendo una servil imitación de la escuela europea, cuesta excesivamente cara.

Con todo, nuestro autor señala que la más grave responsabilidad no corresponde a los negros, sino a los blancos: "somos nosotros quienes hemos colocado a los africanos en la situación donde se hallan: cuando nuestra autoridad se debilitaba, buscamos sustituirla por élites africanas y les acordamos ventajas excesivas. De aquí también el fracaso de la política de crédito y de cooperación. Como proviene sólo de fondos públicos, muy a menudo el dinero se distribuye sin cuidar sus logros rentables y ha facilitado, paradójicamente, el ocio. Durante mucho tiempo, esta política fue utilizada, con otros nombres, como instrumento de la colonización y ahora viene a confundirse con la tentativa de corrupción y la política regalo."

Insinuar el desarrollo —continúa Dumont— sin asociarlo a un intenso trabajo y a una austeridad que permitan el ahorro, es el peor favor que puede hacersele a África. Sin embargo, éste ha sido el pensamiento francés cuando se trata de sus antiguas colonias y "...algunos guineanos, producto de nuestra enseñanza superior, creían posible, con la ayuda del material moderno, superar el ritmo de crecimiento chino, trabajando, en cambio, mucho menos: peligrosa ingenuidad... pues el medio humano nos plantea problemas más difíciles que el medio natural."

"El reciente acercamiento de Sekú Turé a Francia resulta en parte del hecho que las subvenciones acordadas por ésta y por el Fondo Europeo, evitan esfuerzos semejantes a los que exige la ayuda de los países del Este, que proporcionan sobre todo material a crédito." Y en otra parte, insistiendo sobre los errores europeos, nuestro autor añade: "Nosotros hemos impuesto a una economía atrasada, una superestructura administrativa y una estructura comercial de tipo "tra-

tante" que frena su crecimiento. Es verdad que ayudamos a los Estados jóvenes a soportar su peso, pero esto agrava su dependencia y les prohíbe una madurez económica que sería, sin embargo, la condición de una verdadera independencia." El autor tampoco olvida el fenómeno de balcanización de África, que mantiene su atraso y que recuerda la vieja sentencia de "dividir para reinar".

Del detallado análisis que hace René Dumont de la situación africana, pueden adivinarse las proposiciones de su Plan de Desarrollo. Éstas no consistirán, pues, en uno de tantos planes impuesto por el ministerio de la Cooperación de la antigua metrópoli, como sucede a menudo, o en un simple catálogo de operaciones destinado a provocar el máximo de ayuda exterior, como sueñan la mayor parte de los líderes africanos.

René Dumont ha intentado un diálogo auténtico con el campesino y el trabajador africanos, despojándose de corbata y saco (tan caros a los técnicos y a los líderes); recorriendo la sabana, los bosques y la selva, las costas y los ríos, lo mismo que las regiones desérticas y subdesérticas; revisando todas las posibilidades para un mayor rendimiento agrícola, ganadero e industria; estudiando las experiencias cooperativas y la política fiscal; aplaudiendo los aciertos de la República del Malí y los "marketing boards" de Ghana, Nigeria y Kenya; señalando las lecciones de Israel, Cuba y Suecia, que pueden aprovecharse; profundizando, en fin, en los obstáculos que se levantan para lograr el desarrollo africano. No cae, por fortuna, en el paternalismo político o de cualquier otra índole, tan frecuente en los extranjeros que se ocupan de África. Tampoco pretende poseer la verdad absoluta, que justificaría todos los abusos.

Con este criterio, nuestro autor aboga por la unificación africana (al menos parcial y económica) y el neutralismo, como los mejores medios para evitar gastos inútiles y obtener que la ayuda exterior no se transforme en dependencia; por una cooperación francesa mejor dirigida y una contribución de la producción y de los mercados; por la formación de un frente de países atrasados, en espera de un plan agrícola mundial, que supere los inconvenientes de las organizaciones de defensa que ya han instituido algunos países; por un servicio civil francés o europeo que, sustituyendo al servicio militar, ayude a la formación de cuadros; por el desarme mundial y la solidaridad humana; por una síntesis, en fin, que reúna las ventajas de los métodos de desarrollo que utilizan los países del Este y del Oeste.

En lo que a nosotros se refiere, comulgamos con esta "utopía" de Dumont que no es, como él afirma, sino previsión a largo plazo. De su fórmula depende, en buena parte, evitar el hombre de todo un continente y sacarlo del subdesarrollo que, bien mirado, está en el origen de todas las revoluciones. Muchas de sus observaciones, además, no sólo pueden aplicarse a las regiones que han sido objeto de su estudio, sino que son válidas para la casi totalidad de las naciones económicamente atrasadas y, particularmente, para las de Latinoamérica que esperan su reforma agraria.

Pero hay algo en la actitud de Dumont que no dejará de sorprender al lector de nuestros países: llama "sudamericanización" a la dependencia económica y política de Latinoamérica frente a los Estados Unidos y, por extensión, se permite aplicar esta palabra a todo fenómeno de vasallaje internacional.

En la introducción de su libro, dice: "la evolución africana está en peligro de caer en cierta sudamericanización" y el capítulo xvii se titula: "Dos escollos para África: sudamericanización y socialismo aventurado."

Independientemente de la confusión geográfica (para él como para tantos otros europeos y africanos, Sudamérica empieza en el río Bravo), nos parece impropio designar como sudamericanización un fenómeno económico y político de dependencia, que no es tan sólo privativo de nuestro continente, sino que ha podido observarse, al través del tiempo, en la casi totalidad de los países.

A esta mínima censura, que podría llamarse formal, sólo podemos añadir una de fondo: Dumont ha descuidado en su estudio la psicología que caracteriza al africano. Por más que él admite, como lo asentamos arriba, que el medio humano plantea más problemas que el medio natural, su diálogo se ha quedado muchas veces en la superficie: no se ha preguntado el por qué y el para qué de muchas respuestas y actitudes africanas. Y cuando lo hace, o no las entiende o no les concede mayor importancia. Esta investigación, y este mirar las cosas "por dentro", son necesarios, si se quiere destruir, efectivamente, los vicios y arraigar nuevas fórmulas de salvación.

Parece fácil, como él lo hace, aconsejar el olvido de los males de la colonización y recomendar la descolonización de los líderes africanos. Hablando de este asunto, escribe: "...en lugar de maldecir solamente un hecho del pasado, que no puede ser borrado retroactivamente, ha llegado el momento de analizar la situación actual y buscar las medidas propias para acelerar el desarrollo." Y no tan sólo fácil, pensamos, sino

imprudente, puesto que el mismo Dumont admite que la colonización no ha desaparecido con la independencia, sino que persiste en numerosos aspectos negativos. ¿Puede pensarse seriamente que no hay razón alguna para que los senegaleses maldigan la colonización, por ejemplo, cuando ven al presidente Senghor rodeado todavía de guardias de corps franceses y de 18,000 soldados extranjeros? ¿O es que los traumas y complejos ocasionados por siglos de esclavitud y de engaños pueden borrarse con matemáticas consideraciones de tipo económico?

Para nuestro autor, socialismo y democracia exigen más moralidad que capitalismo y fascismo y se sorprende de que, siendo así, los líderes africanos utilicen aquéllos términos y no éstos. Ante esta actitud, supone la ingenuidad africana: lo hacen así —dice— porque si bien los líderes africanos destruyen la libertad de expresión y defienden los intereses de las sociedades comerciales, piensan que hablar de socialismo y democracia es una forma de consagrar su evolución económica y política, sin saber realmente de qué están hablando. ¿No es, ahora sí, más fácil pensar que si los líderes africanos destruyen la oposición y se alían a los intereses negativos del capitalismo, lo hacen para continuar disfrutando de sus prebendas, y que si hablan de socialismo y democracia, es para ocultar sus verdaderos intereses? ¿No viene a confirmarlo la respuesta que le dieron muchos campesinos y que consigna en su libro: “la independencia no ha sido para nosotros, sino para “esas” gentes?

Pero la ingenuidad de Dumont es peligrosa, cuando se trata de la supuesta ingenuidad africana, y como advertencia acude a este ejemplo: “Debido sobre todo a una falta general de moralidad fracasaron las dos tentativas de socialismo mexicano, en 1919-1921, al fin de la guerra civil, y después, de 1935 a 1940, bajo la dirección de Lázaro Cárdenas. Nacionalizar el petróleo para confiarlo a una administración tan corrupta como Pemex, no ha servido más que para conservar el nivel anterior de producción, mientras que los países vecinos aumentan la suya a un ritmo acelerado.”

Para nosotros, ésta es la principal falla de los especialistas extranjeros que se ocupan científica, y hasta piadosamente, de los países subdesarrollados: ignorar su compleja psicología y sin embargo, es desde aquí, desde este mundo interior y desconocido, desde donde empezará a planearse nuestra economía.

MANUEL MAS ARAUJO,
de El Colegio de México